



LAS PLUSMARCAS DEL CRIMEN: EL ROBO DE “LA GIOCONDA”

Carlos Pérez Vaquero

cpvaquero.blogspot.com.es

Leonardo se puso a hacer el retrato de Mona Lisa, mujer de Francesco del Giocondo, y luego de trabajar en él durante cuatro años, lo dejó sin terminar (...) Quien mira intensamente la fontanela de la garganta, cree mirar allí las pulsaciones de la vida, y en verdad puede decirse que fue pintada con la intención de hacer temblar y amedrentar incluso a los mejores artifices. En todas las sesiones que Mona Lisa posaba para el pintor (...) Leonardo disponía que siempre hubiese allí quien tocase y cantara, y nunca faltaba un bufón que la distrajera y alegrara, a fin de evitar el semblante melancólico que a menudo la pintura le da a los retratos. Y en este de Leonardo hay una sonrisa (...) que es cosa divina más que humana¹.

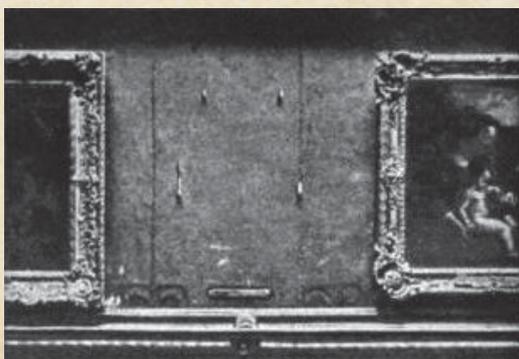
El gran biógrafo de los artistas italianos, **Giorgio Vasari**, describió de este modo la creación de *la Gioconda* a mediados del siglo XVI. Desde entonces, aquella pintura al óleo sobre tabla de madera de álamo que apenas mide 77 x 53 cm –lo que explica la facilidad con la que pudo ocultarse cuando la robaron– ha terminado convirtiéndose en *el cuadro más célebre, más amado y más discutido del mundo*² tanto como ninguna otra obra de la historia del arte; y gran parte de ese mérito se le puede atribuir al ladrón italiano, **Vincenzo Peruggia**, que la robó del Louvre en 1911, transformando el rostro de aquella mujer en un icono de la cultura occidental.

¹ VASARI, G. *Las vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*. México: UNAM, 1996, p. 410

² RIZZATI, M^a. L. *Leonardo*. Barcelona: Marín, 1975, p. 63.



Su autor, Leonardo da Vinci, era hijo ilegítimo de un notario y una campesina, un *hombre sin letras*, como él mismo se definió, pero que, desde niño, destacó tanto por su capacidad creativa como por la complejidad de su carácter. Se cree que comenzó a pintar la *Gioconda* entre 1503 y 1506 por encargo de un rico comerciante de telas florentino, **Francesco del Giocondo**, para inmortalizar a su esposa, **Lisa Gherardini** [la Mona Lisa]; sin embargo, el genio del Renacimiento nunca llegó a entregarles su encargo. Por algún motivo sobre el que se viene especulando desde entonces, el artista estableció un vínculo muy cercano con su obra y, cuando aceptó la hospitalidad del rey **Francisco I** de Francia para trasladarse a vivir a la región del Loira, decidió llevarse el retrato y terminarlo en el castillo de Clos-Lucé, cerca de Amboise, hacia 1517. Un año más tarde, el monarca pagó 4.000 ducados³ al principal discípulo del maestro, Salai, para adquirirlo con el fin de ponerlo en el cabecero de su alcoba. Al morir el soberano, el cuadro pasó a formar parte del Patrimonio francés y, antes de que se mostrara al público en el Museo del Louvre, decoró los salones privados de Fontainebleau y Versalles y el dormitorio de Napoleón en las Tullerías.



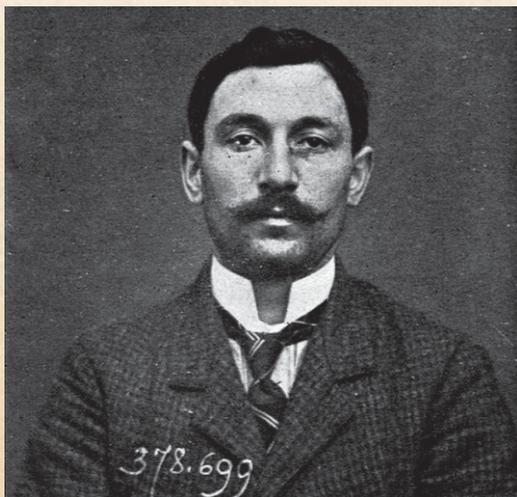
La *Mona Lisa* se ha descolgado de la pared del museo parisino en diversas ocasiones, para protegerla de los conflictos que han afectado a la capital francesa en estos siglos, escondiéndola en Brest, Burdeos, Toulouse o Amboise pero, la mañana del 21 de agosto de 1911, el cuadro simplemente desapareció sin dejar rastro.

Era lunes, el habitual día en que el museo permanecía cerrado por descanso del personal y, en principio, nadie pensó en un robo sino en el estudio que estaba preparando los nuevos catálogos del Louvre y que, sin previo aviso, solía trasladar las obras para fotografiarlas buscando una mejor iluminación. Los nervios se desataron el martes cuando el museo abrió sus puertas y, en el Salón Carré, el hueco de la *Joconde* continuaba vacío. Intervino la policía, se llamó al famoso investigador **Alphonse Bertillon** para que buscara alguna pista en el lugar del crimen, tomaron las huellas dactilares de todos los empleados, destituyeron al director, sancionaron a los vigilantes, se cerraron las fronteras del país e incluso detuvieron al poeta **Guillaume Apollinaire** y al pintor malagueño **Pablo Picasso** como principales sospechosos, pero todo fue inútil, pasó el tiempo y dos años después del robo se había perdido toda esperanza de volver a encontrarlo. El museo eliminó la *Mona Lisa* de sus catálogos y su espacio pasó a ocuparlo un cuadro de Rafael, el *Baltasar Castiglione*, hasta que lo sustituyó *La mujer de la perla*, de Corot (casualmente, los personajes de ambos lienzos mantenían la característica pose de la *Mona Lisa*, como homenaje a Leonardo).

³ BARTOLON, L. *Leonardo*. Verona: Mondadori, 1972, p. 33.



Para decepción de la prensa, el hombre que llevó a cabo uno de los mayores robos de la historia, según el Guinness Libro de los Récord⁴, resultó ser un pobre desgraciado y no un ladrón de arte internacional y sofisticado⁵.



El 12 de diciembre de 1913, Peruggia viajó a la capital toscana, bajo el alias de *Leonardo*, para reunirse con el marchante **Alfredo Geri**, y el conservador de la Galería de los Uffizi, **Giovanni Poggi**, en el hotel Trípoli, de Florencia; pretendía venderles el cuadro a cambio de 500.000 liras, lo que confirmó el móvil económico del robo. Los expertos abrieron la caja de madera donde estaba oculta la *Gioconda*, analizaron el sello que el Louvre estampa en la parte posterior de sus fondos para grabar el número de inventario y comprobaron el craquelado [*craquelures*] que caracteriza a las pinturas antiguas, formando pequeños surcos, como arrugas, que van agrietando las capas de barniz. Ante su asombro, la tabla era auténtica y, tras convencerle de que se vieran una segunda vez para que les diera tiempo a reunir el medio millón que pedía, avisaron a los *carabinieri* y fue detenido.

Vincenzo confesó a la policía que había decidido robar el cuadro para vengarse de Napoleón por haber saqueado su país; según él, la obra de Leonardo tenía que devolverse a Italia por motivos patrióticos. Este argumento –que, ingenua o hábilmente, ignoraba que Francisco I había adquirido la *Mona Lisa* de forma legal casi tres siglos antes de que Bonaparte naciera– fue la base de su defensa durante el juicio en el que se le condenó a una pena muy leve, apenas 1 año y 15 días de reclusión que, finalmente, se redujo con atenuantes a tan sólo 8 meses de prisión.



El proceso sirvió para conocer los detalles de aquel robo que fue casi perfecto: Peruggia había estado trabajando en el Museo como enlucidor pero, la semana antes de llevarse el cuadro, se despidió aduciendo motivos familiares para justificar una posible coartada: en el momento de cometer los hechos, supuestamente, él ya habría regresado a su país; pero, en realidad, se quedó en París, forzó la puerta del museo por la que accedía el personal, entró en el salón y, simplemente, descolgó el cuadro, quitó el marco, lo escondió bajo la americana (a comienzos del siglo XX las medidas de seguridad estaban muy lejos de ser tan férreas como las actuales) y huyó por la puerta de servicio hacia el *Cour Visconti*. Como ha reconocido la experta María Luisa Rizzati: *todo fue cosa de cinco minutos*.

⁴ Guinness Libro de los Records. Barcelona: Círculo de Lectores, 1981, p. 177.

⁵ SASOON, D. *Leonardo y la Mona Lisa*. Barcelona: Electa, 2007, p. 217.



Durante unos días, Florencia, Roma y Milán pudieron disfrutar brevemente de la *Gioconda*, en el itinerario de vuelta al *Louvre*, donde se volvió a exponer el 4 de enero de 1914, con gran éxito de público.

Seis meses más tarde, el 28 de junio, el joven serbio **Gavrilo Princep** asesinó de varios disparos al archiduque **Francisco Fernando**, heredero del Imperio Austrohúngaro, y a su esposa, en Sarajevo (Bosnia), dando comienzo la I Guerra Mundial. El estallido de aquel conflicto eclipsó la puesta en libertad de Vincenzo Peruggia y su viaje de regreso a Francia, donde se casó en un suburbio de la capital y fue padre de una niña; pero, años más tarde, cuando el mundo empezó a recuperarse del trauma de las dos guerras mundiales, los amantes de las conspiraciones descubrieron la visita que el ladrón efectuó a Inglaterra y su reunión con el célebre anticuario **Duveen**, antes de viajar a Florencia para tratar de vender el cuadro por

medio millón de liras, dando origen a la conocida especulación sobre la originalidad o falsedad del cuadro que retornó a París.



Más allá de estas hipótesis e incluso del subgénero artístico de los “giocondoclastas” que realizaron sus propias e irreverentes versiones de la *Gioconda* –como Duchamp, Léger, Morimura, **Botero**, **Warhol** o **Dalí**– nadie duda de que, tras aquel robo, el retrato de *Mona Lisa* se convirtió en el rostro más eterno de las Bellas Artes y en una de las obras cumbre de la pintura universal.

